

—¿Te gusta? Pues entre mamá y yo le hemos arreglado. Mamá me decia lo que era necesario decir á *amá-virgiña* y yo buscaba el modo de decírselo.....

—Pero en eso de los perfumes y el vino no tengo yo arte ni parte.

—Es verdad, mamá, pero lo he añadido por no acordarme de esos nombres tan revesados de la tierra donde ha estado Leandro.

—De todos modos mamá y tú sois unas sábias.....

—Calle V., adulator, y venga á tomar chocolate con nosotros, me interrumpió Mari-Santa señalando hácia el comedor, á una de cuyas grandes ventanas que daban al jardin acababa de asomarse una de las muchachas como diciendo: «cuando VV. gusten.»

En efecto, á tomar chocolate fuimos, y en el comedor, y luégo bajo el emparrado, hablamos lo que no es decible en este libro que debe ser lo más posible corto para que sea lo ménos posible malo.

Allí, resumiendo Leandro su opinion y la de sus padres en punto á lo presente y lo por venir de la familia, me dijo con la unánime aprobacion de todos, incluso yo mismo:

—Papá dice que cuando él comenzó á trabajar para vivir él y los suyos, no tenía ni la centésima probabilidad que él y yo tenemos de enriquecernos, porque comparados con lo que él era, somos unos sabios y unos Cresos. Nos encerraremos todo el año en Gorostiza, que es un paraíso para gentes de instintos tan aldeanos como los nuestros, reducirémos nuestra mesa á la olla aldeana, el

vino de Inchaurre y el pan de marineros (1), para lo cual bastan y sobran las rentas de las caserías y del cuartel de invierno que arrendaremos; con lo que papá y mamá tenían olvidado en el fondo de la gabeta, y con algo más que busquemos en el crédito que suponemos no se habrá ido enteramente á fondo en este naufragio, nos meterémos á fabricantes de hierro en Ibarrondo, cuya pobre y vieja ferrería ya era hora de que se la sacase del olvido en que yacia y se la remozase y alegrase, y verá V. como á la vuelta de pocos años somos tan ricos como los Ibarra (2).

Cuando las campanas de San Pedro de Deusto tocaban á la oracion, salí de Gorostiza tan consolado y alegre como descorazonado y triste habia ido, y torné á la villa diciendo:

—¡Ah, que poco valen los tesoros del arca comparados con los tesoros del corazon! ¡Señor, si un dia falta en mi mesa el pan, que no falte en mi alma la fortaleza para recobrarle!

## XXXV.

## LA FRUCTIFICACION.

Pocos dias despues de mi visita á Gorostiza, ya eran públicos en Bilbao y áun en Vizcaya los contratiempos

(1) Pan en grandes hogazas y muy sano que se fabrica para los buques y usan las familias pobres ó económicas.

(2) Los señores Ibarra y Compañía, opulenta y acreditada casa, dueña de la gran ferrería del Desierto en Baracaldo.

que habia experimentado aquella familia, y hasta los periódicos locales hablaban de ellos.

Decia el *Irurac-bat* :

« Los periódicos de la isla de Cuba y los de Buenos-Aires, que acabamos de recibir, nos dan dos tristes noticias que causarán vivo sentimiento en nuestra villa por afectar á una familia convecina nuestra, y querida y respetada de todo el vecindario. Entre los pormenores que nos dan los periódicos de la Habana del horrible huracan experimentado en aquel puerto, y de que nos adelantó sumaria noticia el correo anterior, encontramos la de haberse perdido totalmente las hermosas barcas *Teresita* y *Leandro* de la matrícula de Bilbao, armador el señor don Juan de Gorostiza, de la misma vecindad. En cuanto á la noticia que nos traen los periódicos de Buenos-Aires, no es ménos triste para nuestro convecino y sus amigos; la importante casa de comercio de aquella ciudad, cuya razon social era Milano y compañía, se ha presentado en quiebra que afecta grandemente al Sr. Gorostiza, uno de los socios capitalistas de la misma casa. Sentimos sobremanera estos contratiempos y deseamos al Sr. Gorostiza y su familia la suficiente fortaleza de ánimo para conllevarlos. »

Y á su vez decia el *Euscalduna* :

« Suele decirse que cuando el mal viene no viene solo. Testigo de ello es nuestro convecino y amigo el señor D. Juan de Gorostiza, que al mismo tiempo que perdía dos buques en el terrible huracan de la Habana y era víctima de la mala fe ó la ineptitud del gerente y consocio de una casa de comercio de Buenos-Aires, en que te-

nía parte, ha experimentado en Lóndres quebranto no menor con la quiebra de la opulenta casa de Hulls y Compañía, en que habia impuesto la mayor parte de su capital.

» Afortunadamente, el Sr. Gorostiza y su familia están dotados de bastante conformidad cristiana para no abatirse por estos contratiempos, y tanto el Sr. D. Juan como su digno D. Leandro, encontrarán en su actividad, honradez é ilustracion medios eficaces de reparar estos quebrantos de su fortuna. Sabemos que tan pronto como se han hecho públicos, multitud de personas de todas las clases sociales, desde la más pobre á la más rica, se han apresurado á visitar á tan estimable familia para ofrecerle sus consuelos y sus intereses. »

No se equivocaban los periódicos en cuanto á las pruebas de simpatía de que eran objeto D. Juan y su familia, y no se hubieran equivocado tampoco si hubieran añadido que los que habian tenido bastante fortaleza de ánimo para no llorar de dolor al recibir la inesperada noticia de su ruina, no la tenian para contener las lágrimas de gozo y agradecimiento al recibir aquellas merecidas pruebas de compasion y cariño.

Yo fuí testigo de estas pruebas, y no pude ménos de sentirme profundamente conmovido al ver llegar á Gorostiza, no sólo á las personas más acaudaladas de la villa y las aldeas inmediatas á ofrecer á D. Juan y doña Mari-Santa el auxilio de su crédito y su fortuna, sino tambien á la multitud de gentes pobres y humildes, como Mari-Cruz la de Iturrizar, Juana la de Inchaurre y Martin el de Gazteluondo, para quienes aquella familia,

y particularmente D.<sup>a</sup> Mari-Santa, habia servido siempre de paño de lágrimas.

Una tarde, yendo á Gorostiza, encontré en la subida de Errecacoeche, de vuelta á Bilbao, á la madre de la pobre Claudia acompañada de un caballero, jóven aún, que le prestaba el apoyo de su brazo para subir la cuesta, que, aunque corta, es violenta, y conversaba con la anciana cariñosamente.

Saludéla al paso, pues la conocia de haberla visto en casa de D.<sup>a</sup> Mari-Santa, que la trataba con singular cariño, y continué mi camino, suponiendo que venía de allí adonde yo iba, y sin acertar quién pudiera ser el caballero que la acompañaba.

Cuando llegué á Gorostiza, encontré reunida á toda la familia, y á Mari-Santa más llorona que nunca, no de dolor, como acostumbraba, sino de alegría, como acostumbraba también, pues Dios, que en todo es compensador y justo, compensa en los corazones buenos la aptitud para llorar de tristeza con la aptitud para llorar de alegría. Apenas llegué, me dijo Leandro:

— Como Gorostiza es un jubileo continuo, me apresuro á decirle á V., porque en saberlo tendrá V. mucho gusto, y porque supongo que estaremos pocos instantes solos, que las lágrimas de mamá fructifican en la tierra sin perjuicio de fructificar en el cielo. Ya tenemos un socio para el establecimiento y la explotacion de la ferrería de Ibarrodo, y lo que es más de estimar en estas circunstancias, un socio que quiere poner el capital del dinero con tal que nosotros pongamos el capital de la inteligencia que nos supone.

— Que supone, con razon, á Leandro, dijo D. Juan.

— Que supone también, y con razon, á papá, rectificó Leandro.

— Me interesa mucho eso por más de un motivo. Cuéntemelo V., Leandro.

— Se lo contaré á V. cuando me haya dicho por qué le interesa por más de un motivo, pues yo suponía que le interesaba por uno solo, el de la buena amistad que le debemos.

— Pues se equivocaba V., á pesar de su perspicacia y discrecion: pienso escribir un libro, cuyas últimas páginas estarán escritas con el rosado jugo de la fresa, que ya trasciende á gloria por aquí, ó con el negro y nauseabundo jugo del yezgo, que aborrezco, y eso depende del término sonrosado ó negro que tenga la crisis que ustedes atraviesan.

— También yo deseo que las escriba V. con el jugo de la fresa, en primer lugar por nosotros, y en segundo por el libro.

— ¿ Con que le gusta á V. el color *de rosa*, eh?

Leandro y sus padres se echaron á reir comprendiendo el equívoco, tanto más fácilmente, cuanto que hice uso de él dirigiendo la vista hácia Goyerri.

— Pues ha de saber V., dijo Leandro, que esta tarde han venido á vernos la madre y el hermano de la pobre Claudia, que esté en gloria.

— ¿ Qué hermano?

— El que habia ido á América y no se habia vuelto á saber de él, que se ha presentado en Bilbao como llovido del cielo y acompañado de una porcion de millones.

— He encontrado á la madre de Claudia en Erreca-coeche, pero no sabía que fuese su hijo el caballero que la acompañaba y le daba el brazo.

— Pues lo era.

— ¿Y cómo explica su silencio durante tantos años?

— Le explica diciendo que desde que fué á América no habia tenido más que desventuras á pesar de sus grandes esfuerzos para vencer su mala suerte, y esperando siempre poder comunicar á su madre y su hermana buenas noticias, no habia querido escribirles por no comunicárselas malas.

— No me parece buena esa lógica.

— Tampoco á mí me lo parece, pero en este mundo hay veces que con una lógica torcida se rige un corazón recto. Al fin Dios le dió en pocos meses lo que le habia negado en muchos años, pues metiéndose en una empresa tan arriesgada como lícita, se vió de la noche á la mañana millonario, y determinó regresar inmediatamente á la patria, joven aún, pues no llega á los treinta años, y acompañado de sus millones, para dar por sí mismo tan satisfactoria noticia á su madre y su hermana, pues ignoraba la muerte de Claudia.

— Esa lógica me parece mejor que la otra.

— También á mí. No sé qué cosas le ha contado su madre de la mía, que su madre y él han venido inmediatamente á vernos, y hemos tenido que enfadarnos con ellos porque se empeñaban en que nos debian hasta el que D. Joaquin (que así se llama el indiano) no hubiese encontrado á su madre en compañía de Claudia. Al fin hemos conseguido mudar de conversacion, y viniendo á

parar á los asuntos industriales, D. Joaquin, que no quiere tener improductivo su capital, nos ha propuesto la asociacion de que ya tiene V. noticia.

— ¿Y VV. la han aceptado?

— Sí, señor, al ménos en principio.

— Todo lo que VV. me cuentan me consuela mucho, porque es una prueba más de que, como V. ha venido á decir hablando de las lágrimas de su buena madre, el bien que se siembra en la tierra no fructifica solamente en el cielo.

Teresita, que andaba correteando por la huerta, nos anunció que venian su tia Mari-Rosa y sus primos, á quienes Chómin habia salido á dar la mano para saltar del bote.

En efecto, un instante despues aparecieron acompañados de Chómin, que se volvió á su trabajo.

Los chicos se fueron con Teresita, que tenía gran deseo de enseñarles la perfumería parisiense que le habia traído su hermano.

Mari-Rosa era la de siempre: alegre, hermosota, un poco desmadejada en su atavío y maneras, y un mucho burlona, sarcástica y vulgar en sus palabras.

— Aquél, dijo, me ha encargado que os diga le dispenseis el que no haya venido á veros, pues con su fábrica está abrumado, y no tiene tiempo para nada. ¡Jesus, qué gana tengo de que lo eche todo enhoramala!

— Está dispensado, contestó D.<sup>a</sup> Mari-Santa con su habitual benevolencia. ¡Pobre Pedro!

— Ha sentido, como yo, las malas noticias que Leandro nos llevó ayer tarde.

— ¡Hola, dije para mí, Leandro se apresuró á ir por Goyeri así que vino!

— Ya suponíamos que las sentiriais.

— ¿Pero son ciertas?

— Desgraciadamente, sí.

— Lo que me admira es la frescura con que las habeis recibido.

— Pero, hija, ¡qué hemos de hacer sino conformarnos con la voluntad de Dios!

— Calla, calla, que da rabia el ver que teneis un rio de lágrimas para los males ajenos, y no teneis una siquiera para los vuestros. ¡Ahora recogeréis el fruto de vuestros despilfarros de lágrimas y de otras cosas más sólidas!

— Sí, Mari-Rosa, ya hemos empezado á recogerle.

— En forma de desengaños, ¿no es verdad?

— No, hija, en forma de compasion, de amistad, de cariño, de medios de recobrar lo que hemos perdido.

— Eso será algun sueño poético de Leandro. ¡Me dan rabia estos poetas, y perdone V., D. Antonio, que se dedican á embellecerlo todo!

— Señora, dije prevaliéndome de la alusion personal, gracias por ese elogio de los poetas, que le merecen, aunque no merezcan la intencion con que V. le ha hecho.

— Pues la intencion es merecida. En concepto de ustedes, todos los males de este mundo tienen el consuelo al canto.

— Ó en otros términos: el que no sé consuela es un tonto.

— Es verdad.

— Pues, señora, es verdad.

Mari-Rosa no comprendió este concepto, un poco alambicado, y mudó de conversacion.

Á mí me agradaba poco la de aquella buena señora, y me despedí de Gorostiza.

Al salir oí á Teresita lamentarse de que sus primos le habian manchado la preciosa caja de los perfumes parisienses.

— ¡Válgame Dios, me dije, hay gentes que indeliberadamente lo manchan y afean todo; pero, gracias á Dios, las hay tambien que aún indeliberadamente todo lo embellecen y purifican!

## XXXVI.

## LA FERRERÍA.

Era por el mes de Octubre de 1869. Hacía un año que la anarquía más espantosa reinaba en España, en lugar de reinar aquella augusta señora, en cuyo tiempo nuestra patria habia duplicado su poblacion, su deuda pública, que hoy se cotiza á once por ciento, habia llegado á cotizarse á más de cincuenta, y su importancia, que hoy figura entre la de las últimas naciones de Europa, habia llegado á figurar entre la de las primeras!

He dicho mal, la anarquía no reinaba en toda España: habia un rinconcillo, allá en los confines septentrionales, donde la paz que habia reinado durante treinta años, reinaba aún, á pesar de que en el resto de España